

BIBLIOTECA NACIONAL



0331616



BIBLIOTECA NACIONAL  
DE CHILE

AAR 4649

Volúmenes de esta obra . . .

C. 1

Sala en que se encuentra . . .

11

Tabla en que se halla . . . .

529

Orden que en ella tiene . . .

13

Imp. Universitaria





VINÉTT DE ROKHA



CANTORAL

P R O X I M A M E N T E

G R A N

TEMPERATURA

P O E M A S

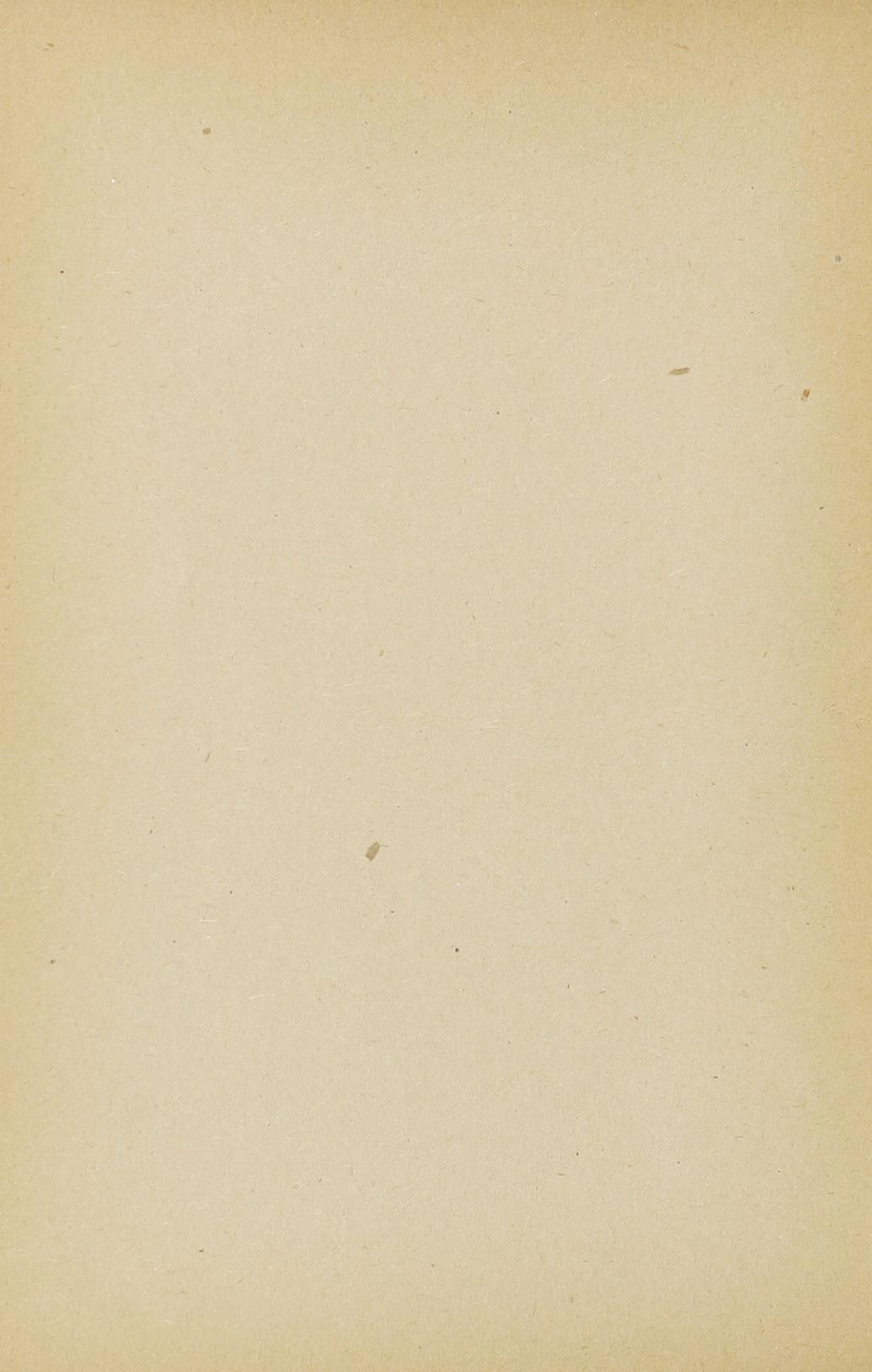
P O R

**PABLO DE ROKHA**

W I N E T T

D E

R O K H A



WINETT DE ROKHA

1836

# CANTORAL

P O E M A S

1 9 2 5 - 1 9 3 6

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

# FOTOGRAFIA EN OBSCURO

Resuena en las amapolas del cielo  
mi historia de piedra dormida,  
desde el suceso inmemorial de los crepúsculos.

Prolongo mares de árboles  
besando el camino sin término.

Entrego a la vida mi sombra  
de calle tranquila;  
—balcón en la ciudad de los arabescos inusitados—.

Amo la línea que se escucha,  
como el color inicial de la aurora, traduciéndose  
en la palabra del hombre  
o en la palabra roja del trueno.

Majadería de niño, que lanza su honda al  
espacio,  
camina mi balbuceo discontinuo  
creciendo del mar y del sol su mariposa.

# AMARILLA Y FLOR DE AGOSTO

¿Siéntes cómo la araña hila su encaje  
de sombra enmohecida?...

Ven, la flacura del Invierno  
ha extendido su manta de cáñamo maldito.

Como en aquellos días de oro,  
tu conciencia y mi espanto,  
acarician la línea fugitiva  
de mi corazón inocente.



# CASA DE CAMPO EN TALAGANTE

Cuento de abuelá,  
parece mi gallinero de villorrio;  
nidos, agua en la jofaina  
y el milagro del huevo.

Del delantal azul desborda el grano;  
se arremolinan las gallinas a la sombra sonora del  
gallo;  
patriarcal, el perro observa  
la frívola chismografía del corral.

(Oh! perfumado romeral en flor...)

Abeja o golondrina de Verano, esponjo mi  
vestido

lleno de huertos,  
desparramando, en las penumbras, sol...

La mancha trágica de tus cabellos,  
encarna un mar fascinante y entenebrecido.

Albea tu frente magnífica, escrita de surcos,  
y tus sienes como dos azucenas puras.

Tus cejas y tus pestañas interrogadoras  
recogen la esmeralda enferma de tus ojos.

Se destaca en la oscuridad del fondo  
tu nariz de águila meditativa.

Tus labios destilan dolor y pasión  
y están maduros para el beso.

Piedra con alma, sonríe tu cara de ídolo  
dormida en la canasta de rosas de mi pecho.

El alba me iba ofreciendo en racimos,  
sus copas de perlas lívidas;  
engarzadas en el collar del viento  
refrescaron mis senos desnudos.

Habíase paralizado el silencio  
en torno a la ciudad caótica;  
yo sentía temblar las raíces dormidas  
de los árboles, en mi corazón.

En su vestido de baile, la aurora  
lucía aún pálidas estrellitas;  
una ráfaga imprevista cambió el rumbo  
de sus ideas a la arboleda pensativa.

¡El sol!

El paisaje quedó transfigurado,  
y hubo un tartamudeo  
de balidos, de trinos y de bramidos...

# RUEDA DE FUEGO SIN LAGRIMAS

Era el tiempo inmóvil de la flor del jacinto;  
(cuando yo era como las manzanas.)

Y tú viniste, como todas las cosas,  
que se encienden en el universo:  
las tempestades, las sombras de la vida.

Y sin embargo...  
venía tan nueva la composición de caminos de  
que andabas edificando. bronce

Mirándote me conocí, amándote, oh! amándote  
encontré el evangelio  
de mi alma, ya cansada antes de ser.

Y sigo inquiriendo, y sigo esperando  
arrancar de tu espíritu la razón de mi angustia;  
sabiendo que me has dado todo lo que trajiste de  
la muerte,  
sabiendo que defines mis pupilas de carbón de  
piedra,  
sabiendo «que moriré llamándote»...

# L E Y   D E   M O I S E S

En los lagos de diamante  
líquido y ardiente  
de tus ojos voluntariosos,  
bañé todas mis ansias, Pablo.

El alma afable  
se vació en tu energía.

Para tu deleite de príncipe egipcio  
fui suave, agresiva, voluptuosa...

Te mostré la gracia oscilante  
del encaje indefinible e íntimo,  
y te dejó la media negra, en sordina,  
su obscura inquietud de mujeres.

...Rumor, giro, modo, balbuceo  
de todas las palomas;  
soplo envenenado y turbador,  
mi palabra de niña inhábil.

Ataviada del verde estrellado  
de las praderas  
parezco más morena.

Hasta el borde de mi vestido  
—flor de trigos—  
vienen a picotear los pajarillos.

Como en un affiche de Verano,  
a espaldas de mi dibujo innumerable,  
un árbol de agua en arco iris.

Esterilizando del paisaje violento  
la obscura sensualidad  
mi figura de sol ilumina la fuente.



Entre las piedras, brotadas de musgo,  
se estancó la pena,  
como agua de lluvias desmemoriadas.

Flor malsana,  
mujer eterna, abandonada y oscura  
mano de pétalos de aluminio.

Caravana de polvo, siniestra,  
multitud de agujas envenenadas,  
rebozo gris, gabardina de ocaso.

Mis dedos tranquilos y castos,  
desdoblaron del arpa terrosa  
sonidos de cuerdas vencidas.

Fué la pócima de niebla,  
óleo de rosas negras,  
enloquecidas sobre mi frente...  
sellada por siete sellos de plata.

# VALSE EN LA PLAZA DE YUNGAY

La mujer de mármol, desnuda entre sus  
violetas  
se ruboriza al contacto del aire,  
sus senos de manzana y heliotropo  
mantienen la melodía provinciana del atarde-  
cer lánguido.

Curvas puras,  
explosión de vida extasiada,  
gota de belleza en suspenso, cantar.

Mis ojos la penetran de castidad  
y la tarde vuelve la cabeza,  
al sorprenderme en actitud  
de cubrirle los hombros floridos  
con mi abrigo de penumbras.

En tus ojos verdinegros y cálidos,  
fulgura  
oscuro augurio.

Tus rojos y carnosos labios  
besan  
mi pudor desnudo.

Agua y uvas fragantes,  
agua,  
pulsando los nervios profundos!

Maneja, bulliciosamente, la cigarra  
sus élitros alucinados  
en donde sestea el Verano.

Oh! el vaivén de los trigos maduros!...

En líneas rectas y amarillas,  
la mesa deja caer sus cuatro manos;  
sobre la superficie, una escobilla piensa  
mirando el cielo con el pelo erizado.

Una silla, doblado el espinazo,  
acaricia un cojín de terciopelo.

La pantalla y su sueño de tórtola,  
abraza en lenguas de fuego,  
la inmovilidad de los objetos.



Yo miro tus escamas de pescado  
mar,  
lo mismo que los pescadores  
aquellas truchas, aquellas jaivas maravillosas,  
que colgarán de los hombros morenos del re-  
greso.

¿Quién sintió el placer  
de sentirte lejano como *la otra orilla*?  
¿Quién abrazó la curva helada  
de tu caricia?  
¿Quién tendió la red única  
debajo de las perlas de tu rumor  
eterno y pensante?

Arrinconada en mi dolor de nube humilde.

Pastor azul, arrea pronto tus gaviotas,  
no sea que las deshoje  
el perro negro de mi canto.

Revienta la noche  
paralela a mi absoluta y soñadora melancolía,  
revienta la noche  
en infinitos latidos de plata.

Los pies y las manos,  
incrustan su marfil empalidecido  
en el ébano profundo.

Nadie, entre todos los pájaros,  
ni tú mismo,  
(hombre-vértigo, pedazo de abismo que circula),  
podría mirarse y mirarme...

Me invade la última claridad  
de la estrella verde de los aventureros.

Caída de lado, la calle maltrata vehículos y  
violines.

Sólo mi soledad es superior a mi amarga  
alegría.

Itinerario que iguala mi rostro a las semen-  
teras.

En aquel grupo de estrellas necesarias,  
estuvo mi corazón más cerca de mí misma.

A menudo la soledad,  
con su gran rumor de silencio,  
merodea en mi alma.

Las almas oscuras de los murciélagos,  
azotan ilusiones sombrías en los vidrios.

Friolentas, las chimeneas  
echan su aliento triste,  
hacia los caminos libres y sin huellas  
del cielo y del tiempo.

La respiración de flor del niño  
ahuyenta los malos espíritus,  
mientras voy trizando la mirada  
en la negra arquitectura de los libros.

    Mi lámpara,  
como la hoja trágica de un puñal,  
atraviesa el corazón del alba.

Estaba mi corazón extasiado  
frente a los olvidos,  
y mis manos de sombra  
se calentaban aún en los rescoldos de la luna.

Lava del siglo dominador del aire,  
arrastraba pupilas y voces agazapadas.

Mi sensibilidad de laboratorio,  
marcaba, como un reloj, la hora postrera,  
en que todas las cosas vuelven a la infancia.

Sobre mi cara de alba estremecida,  
la espectación de las últimas lágrimas...







# AROMA Y PRESENCIA DEL CAPITALISMO

Frío, plano, de exactas dimensiones,  
el siglo XX cabe en una cancha de tennis.

En mesitas de café-concierto,  
entre pajillas, whisky-sowers y cigarrillos  
egipcios,  
la mujer contemporánea  
borda corpiños de seda negra.

En el paddock,  
al compás de la música loca de un jazz-band,  
las mujeres y los caballos se pasean.

Del brazo de Pablo de Rokha,  
intervengo en el ritornello  
mundial de las muchedumbres.

Ilustrando mis poemas  
con perspectivas de paperchase,  
con sweaters cuadriculados de sportman,  
y humaredas de inquietantes locomotoras,  
soy la Eva clásica del porvenir.

Astral y sensitiva, horado  
en aviones románticos,  
el azul de las golondrinas perdidas.

# SONETO A LA RIBERA DEL ALBUM

Mi semblante y su actitud de madre selva,  
toma el formato añil  
de la carátula de un nido de memorias.

Todo ha ido atardeciendo,  
la ráfaga valiente,  
la mariposa enrojecida, danzando  
contra la mirada del sol.

¿Oíste cómo el cuervo plantó su noche,  
rodeando el espino solitario?

¡Cuántos besos doblaron la cabeza!  
¡cuántas rosas sentenciadas en el triángulo  
asesino del dolor!

Sólo tu cariño está girando, solo,  
como una hélice,  
en el jardín de luz  
de una estrella *dormida*...

## ESCENARIO DE MELOPEA EN ANTIGUO

Cóncavo, con estalactitas y estalagmitas,  
todo blanco, como el dedo de la mañana,  
y un tapiz rojo, ensangrentado y repitiéndose,  
donde mi zapatilla es una sola pepa de sandía.

Todo ojo se copia en los espejitos de mis uñas,  
y mis brazos caen, se levantan y caen otoñándose.

La palabra se hace mariposa de noche,  
pestañea, gira, se detiene, abre su corazón de  
perla inopinada  
y se prende a un eco que rueda,  
lentamente, desdoblándose, persiguiendo su ór-  
bita,  
como una cabellera de astro que se disuelve.



# FIGURA DE INVIERNO

Tu personalidad silenciosa,  
como un paisaje escandinavo,  
llenó de un viento melancólico  
la ciudad.

Tus gestos van a morir, helados,  
al pie de las montañas,  
disolviéndose, en todos los ríos,  
como un deshielo vagabundo.

Fantasmas extranjeros,  
se detienen, mueven la cabeza,

y siguen su camino de caras y de cosas,  
detrás de tus canciones.

Sólo mi corazón  
escala como un pájaro la más desnuda  
y alta rama de tu espíritu,  
y canta...

Era el cuarto,  
una antigua casa de ratones,  
mugrienta y oscura.

Tiznaba el pan  
el humo negro y anarquista  
del fogón.

¡Dolor que ya no acierta a ser dolor,  
de tan aburrido, de tan repetido  
y tan cotidiano!

El, zapatero renegado,  
ella, seno de trapo  
y mirada *caída de hoja*.

De los días azules,  
sólo vieron anohecidos,  
hierro, suelas, utensilios enmohecidos.

El sordo maldecir,  
la palabrota obscena y manoseada,  
danzaba en las bocas amargas.

Sólo de cuando en cuando  
caía un trino de las vigas.  
«Mujer», ¿pusiste agua al canario?

# BALADA DE LA ARQUITECTURA UNICA

La orquesta oceánica de tus cantos,  
esparce montañas, ríos, arboles en imágenes.

Vuelcas hacia la tierra tu jarra  
desbordante de estrellas crepitadoras.

Flauta de caña tu garganta,  
hoja de acero tu cuerpo vibrador,  
copihue de sangre tu corazón montañez,  
lirio negro tu espíritu antenarior.

Roble a la intemperie, te azotan todos los  
vientos.

Gemidor y contradictorio, eres el eje  
de la época y de las cosas oscuras.

Dios y Satanás arrullan tu alma,  
engendrada en el vientre de la montaña.

Invernal y amarillo, todo lo alumbras,  
con los pinceles geniales de tus dedos.

Cuervo graznador hacia el Poniente,  
tu voz lúgubre parece alzarse  
detrás del biombo occidental de los sepulcros.

Domador de los últimos símbolos,  
domador de la palabra,  
domador de la materia,  
como el temible Dios de Moisés.

Tus pupilas imprecisas,  
me enervan, *aún*, como incandescentes luceros.

Rudo como tronco de árbol,  
alto como granizo al sol,  
niño como tus hijos,  
monstruo inexplicable y atormentado,  
tierno, inconmensurable hombre de antaño.

Atado de rosas nuevas,  
aquella mujer de vapor de aguas consumidas  
se fué por el más largo de todos los caminos.

Llevaba en los hombros caídos,  
(a la manera de la Samaritana),  
como un jarrón, la luna  
agujereada de leyendas.

Mirábanla con asombro  
los pájaros de alas vencidas.

Sus pies parecían  
floraciones milagrosas de la tierra.

Arriba de la colina  
recibió los vientos venidos de todos los mares.

Y nadie supo nunca,  
en dónde había cogido aquella cántara que a  
veces  
rodaba por los abismos asombrados.

# CARTON DE MATISSE

    Mi corazón mediterráneo  
no interrumpe la melena gris del muelle;  
mi ansiedad absorbe, delirante,  
la aurora medicinal del viento.

    Corona la herradura de la bahía,  
la esquila milenaria de las nubes;  
las olas borrachas de inmensidad,  
cantan destrenzadas.

    Como la gaviota del barco muerto,  
salgo de lo azul y prolongo  
la palabra blanca en la arena.

Mi rostro de canción no se entiende,  
y mi tiempo está abrazado  
de caminos en circunsferencia,  
como una impiedad poseída del espíritu ce-  
  leste.

# FORMAS DEL SUEÑO

Aquellos grillos húmedos  
que tocan su grito sólo  
en los rincones,  
de trecho en trecho de la sombra,  
y no se ven por pequeños y oscuros,  
y porque sólo son gritos,  
así fué mi canción de tiniebla,  
red interminable y que aún no abriga  
mis manos y mis años.

Emoción agazapada y especial  
que saliera por debajo de las cosas,  
rechinar de maderas carcomidas,  
como quien frota en vidrios tibios con los  
dedos mojados,

estrellamiento de vajillas,  
o largo, interminable rodar de ruedas,  
llanto de niño,  
estertor de mujer amante,  
runruneo de gato soñador.

Esas actitudes que quiebran la luz  
y se hunden en el perfume,  
o se van salpicando alas sobre aguas o musgos,  
y se quedan, por último, mudas, como un faro  
apagado,  
aquí, junto al lecho, mirando las almohadas  
pálidas,  
las vitrinas multicolores de una sobrecama  
de balneario.

Cuando el cabello enrojecido  
sube y se prende a las velas variables  
que se internan en la incógnita del horizonte,  
cuando lo arrastra la marea  
y lo azota como cochayuyos alegres,  
cuando sale al encuentro de la tarde  
y gira, y gira, y gira como mi anillo en un  
hilo azul,  
entonces, bajo la capa oscura,  
cruzo la ciudad sin equilibrio,  
y el ruido eléctrico  
fatiga mi distancia.

Y como han caído del techo dos arañas  
besándose,  
han marcado en un hoyuelo de luz  
una mancha sin sombra roja.

Abro la ventana hacia la noche afligida  
del puerto,  
lejos, muy lejos,  
las sirenas de los barcos invisibles,  
y ese rumor sordo que abraza y absorbe  
la despreocupada conciencia.

¿Qué repercusión de astros  
azota este balcón suspendido?

Mis manos son transparentes  
como pétalos de flores rosadas,  
pequeñas pajaritas de papel  
que fueran a volar, de un momento a otro,  
a merced del viento brillante  
que carcome los cerros floridos.

Una vez, bajando la montaña,  
lujosamente vestida de helechos,  
de cascadas imprevistas y nieves canosas  
olvidé el principio y el fin de mi existencia,  
el principio emocional frente a los fenóme-  
nos externos  
y el fin de todo alborozo en el alma.

Bajo la tierra donde ya su cuerpecito  
anonadado  
levantó los alelúes silvestres,  
se acurrucan todos mis sufrimientos;  
nuévecita como flor de arroyuelo  
cayó en el vértice fatal.

Una gota de tinta amarga y enorme  
se agranda sobre el pavimento.

Entre el cielo y el mar, nada,  
sólo un polvillo de aguas claras y livianas,  
un canasto de violetas  
y la altivez escarlata del crepúsculo!

Mástiles, flechas de humo,  
cementerio de caracoles,  
armonía de algas navegantes.

Yo, más allá de los continentes sumer-  
gidos,  
más allá de la nebulosa que la cubre total-  
mente,  
más allá del asombro de su agonía,  
más allá de sus quejidos extraviados  
en la noche última.

Toda la luz rosada caerá de sus manos  
y mi corazón ahuecado se llenará de su son-  
risa,  
como la inmensa greda  
que contiene los océanos.

Mis brazos han caído muertos  
a lo largo de mi figura  
de setenta líneas dispersas,  
porque no tengo brazos como velámenes  
transitorios,  
ni como alas de golondrinas caminantes,  
ni como campanarios festivos,  
son anclas,  
que se han ido  
al fondo  
del mar...

Hacia un abismo que se viene abriendo  
como un lirio morado y muy grande  
me arrastra el peso de ellos  
que no se han levantado nunca  
como los árboles.

Paseo mi mano amarilla,  
trizada de luces abstractas  
por mis cabellos de vieja-niña, entumecidos,  
y siento piedad, piedad de madre  
que espera envejecer sus parientes  
y aún espera...

Maduró el estampido de la montaña,  
y la tierra herida  
se queja como una parturienta.

Ultimos días, días de escarcha y de pe-  
numbra,  
largamente, largo sueño sin medida,  
cuerpo de felpa y de blancuras quebradas,  
abatimiento de la carne quemada y polvo-  
rienta.

Jugo de muchas frutas en los labios  
áridos;  
fotografía de auroras y crepúsculos en los  
ojos humanos,  
margarita de fuego prendida entre los senos  
esta angustia que nace, se agiganta y se agota.

¿Dónde, desde qué abismos de incerti-  
dumbre

sucede este desdoblar y desdoblar de los ho-  
rarios  
con un deseo interminable  
de abrazar el candor morado de la suerte?

Recuerdo que el abrazo infinito  
nos hizo más prudentes y más callados,  
diez años vagabundos, emigrantes,  
poblando de almas la curva poderosa del  
mundo.

En la ventana abierta adentro  
de aquella mujer honesta,  
van cayendo, una a una, las amapolas guillo-  
tinadas,  
como lágrimas de sangre seria,  
como mariposas en los trigales del tiempo.

Ah! querido, cómo miras todavía  
con tu vieja ternura sin tiempo  
el montoncito de mis medias,  
esas palomas negras,  
agachaditas, que se quisieran ir.

Hacia atrás los espejos quebrados  
y el aceite derramado de mi alegría,  
sonrío con la sonrisa de trigo maduro y  
simple  
que a veces sorprende entre los labios runo-  
rosos  
de mi hijo más chico.

¿Dónde ha quedado mi vida?

Sobre aquel violín de los caminos,  
sobre aquel musgo hecho de briznas de can-  
sancio  
encerrando a aquellas aguas.

Cantero triste, mi corazón  
golpea piedras noche y día,  
amontona arenas y tierra de oro.

Caminaba el tren por los cerros,  
meciendo su talle de culebras,  
yo era vaiven, fragor y alegoría  
y los árboles eran como venados que corriesen  
con sus bosques de Invierno  
en las sienes desamparadas;  
cuando los molinos a la distancia  
se hundieron en mí misma,  
me llenaba entera de recuerdos:  
pensativo, alto, dibujando banderas,  
bulliciosas, inquietantes,  
cubriendo con cariño la ingenuidad desnuda  
de sus muñecas  
y el más chiquito  
con su boquita de durazno  
diciendo lo primero.

La agonía arrebolada,  
las gaviotas aletean bajo el ala de mi som-  
brero  
y crecen los días lejanos,  
*la recién casada,*  
los veranos cargados de frutos y de luz

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

y aquella tarde en que subimos la colina del  
cementerio  
y parecíamos una acuarela de montañeses  
españoles;  
la mantilla negra hacía más agudo mi estilo  
y más violetas las ojeras recientes.

Y él con su modo de barco  
que iba subiendo,  
hundida la mirada de diamante  
en la aldea como gallina clueca  
echada a la orilla del pretérito.

Viejas iglesias olvidadas,  
viejas iglesias derruidas con campanarios sin  
campanas,  
paredes con yuyos y lagartijas,  
cristos de madera rancia  
oliendo a tía vieja.

Arrodillada, volteando el corazón calci-  
nado.

El río en las leguas, las piedras aventu-  
reras  
y esos caballos muertos que cruzan el oriente  
chapoteando las aguas heridas,  
y nosotros, arrojando naranjas  
que hacen ruido hondo  
como pájaros que caen en la noche desde lo  
alto.

Canta el agua en los cuerpos desnudos,  
y la voz habla en la garganta,

el signo de las campanas parece envolvernos  
en alas,  
fiestas de mosquitos  
bajo el último quitasol del día.

Y luego el mar, tan azul,  
azul como la jarra en que bebo agua  
de mañana mirando las rositas rosadas.

Se alargan los tentáculos de mis dedos  
como sombras de torres inmensas en la nada.

Amaneció a la otra orilla del mar,  
un cántico de amargas gaviotas ojerosas sal-  
pica mi biombo,  
se desprende la cáscara sumisa  
de mi mirada.

De espaldas sobre la colina  
los vientos-cuervos jorobados  
devoran mis entrañas.

Ni un signo negro,  
ni una luz crucificada en el espanto,  
alteran el sonido  
de la madeja de mis cantos estáticos.

Va y viene la ciudad,  
las vitrinas y los automóviles,  
más aprisa  
segundo a segundo.

Gusto los helados  
y esa placidez de huerto de la horchata  
bañando los labios futuristas.

Cansancio de mi cuerpo,  
cansancio blanco,  
yo te llevara a los desiertōs donde la mirada  
se abate,  
donde nada se muda sino la arena por la  
arena;  
yo te llevara sobre el canto de un barco,  
mar afuera,  
siguiendo la nube vagabunda.

¿Quién dijese que aquella luna  
redonda y risueña,  
colgada del cielo  
semejante a una medalla,  
fuera la luna?

La luna del ahorcado en el farol postrero,  
la luna de los melenudos de antaño,  
aquella que rodó como una moneda de oro  
alrededor de mi cuna?

Palabras que horadan la muralla del  
tiempo,  
que aun cuando *todo haya sido*  
guardarán mi voz deshilachada.

Me rompieron el alma esmerilada y re-  
belde.





# RELOJ DE CRISTAL Y ARENA

Pedazo de papel estrellado de ámbar,  
con cuatro esquinas,  
como si dijéramos: Norte, Sur, Este y Oeste,  
y llevando una sola y temblorosa esperanza  
prendida al dorso.

Manos con diez uñas rojas,  
pájaros que duermen y se despiertan con la luz,  
—insectos con alas invisibles—,  
poesías con una caricia en las palmas abiertas,  
una caricia como ala amedrentada,  
a la siga de los barcos heridos.

Sobre el arenal de la página,  
está tendida al sol la red de las palabras,  
como el cordaje que atormenta  
el corazón de los románticos.

¿En dónde fué sembrada mi voz?  
¿En qué montañas, fructificando cuál planeta,  
cansado y sin rumbo?...

Cuatro o cinco muchachos juegan a las bolitas;  
 sus corazones ruedan por la tierra vestida de sol;  
 viven un círculo, un poste, un perro,  
 más allá una alegre vieja que sonríe  
 con una risa de nuez apolillada.

Desde la Oceanía de mi jardín, escucho,  
 la silueta de mi hijo que se quiebra en dos orien-  
 tes.

Yo adivino que sus ojos son las únicas estre-  
 llas del cielo,  
 iluminando los zapatos proletarios  
 como cabezas de mitos en piedra oscura.



Fruto maduro, caerá de mi vientre,  
 palpita, se dora como un maizal en sazón,  
 nada le inquieta sino *ser*.

El viento lo ajita, como a los cogollos de los  
 álamos.  
 los cantos queridos lo adormecen  
 cuando caen las hojas, como si cayeran  
 lágrimas sin llanto;  
 presiente el paso infantil de las cabras sobre la  
 mañana,  
 el regreso de los girasoles de la tarde,  
 la cruz del Sur, prendida  
 en el desnudo absoluto de la noche.

Después, se duerme como la hoja del bambú,  
inclinado hacia abajo,  
alargándose, como un péndulo,  
sin brazos,  
sin ojos,  
sin voz,  
materia en sombra, acurrucada  
en el vértice rojo de mis entrañas.

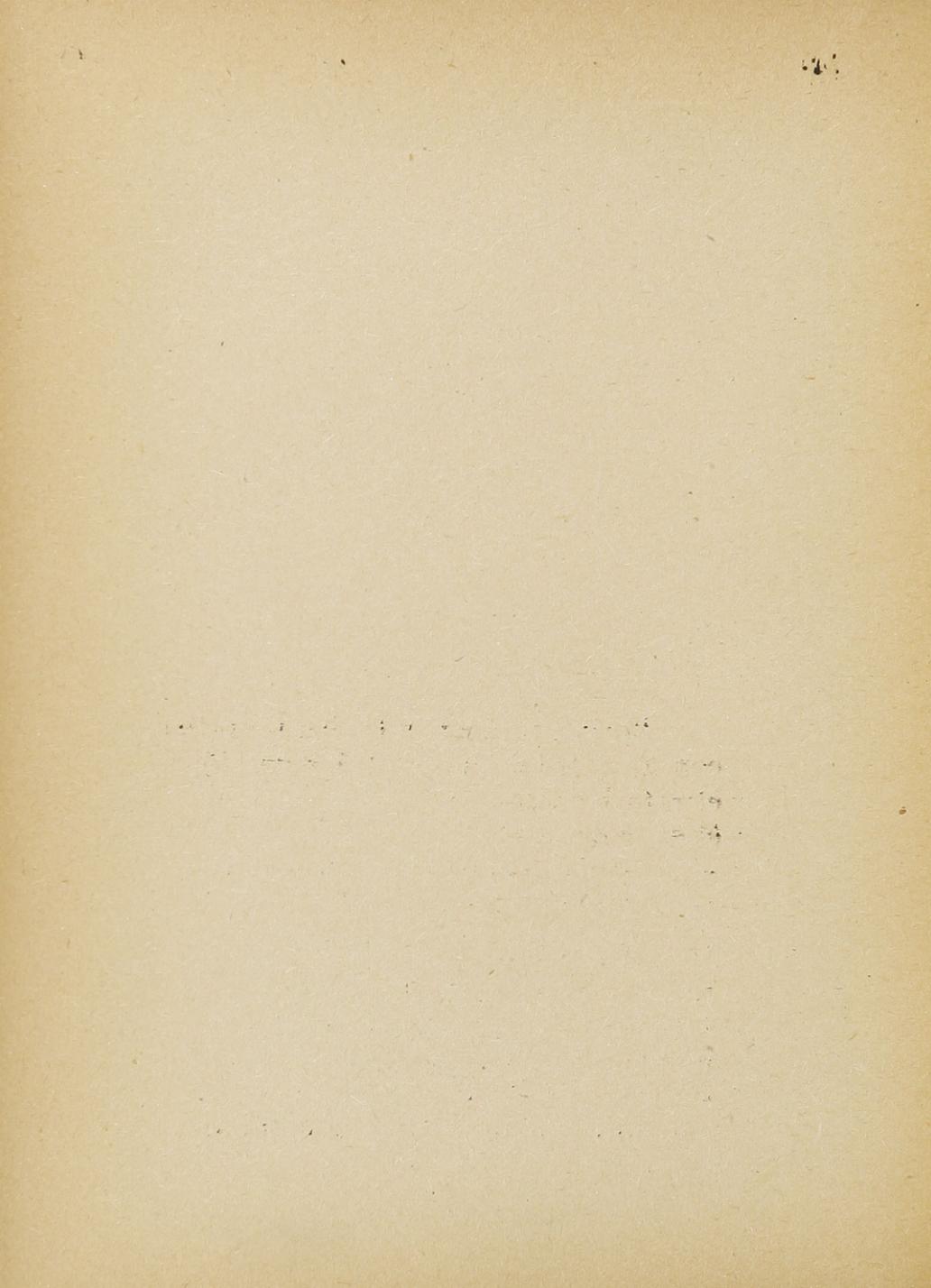
Sobrecojida, bajo el arco cándido,  
de los vientos azules,  
arrojo desde mi balaustrada en avance,  
(como labios que van a besar),  
la mirada hacia el océano amarillo.

Todo vive ese olor mojado  
de rosal llovido y de naranja;  
el gato—flor de cardo de invierno—  
se electriza y se hace cantar,

las moscas buscan las vigas ahumadas,  
las gallinas cluquean y sacuden su ropa interior;  
y mi corazón  
trata de acomodar su tristeza de velos desgajados,  
descalza y sin pupilas.

Mujer, pincelada en las murallas,  
con un cesto de humo fué y volvió;  
el repujado de la falda,  
el caer de la peineta,  
el decir de los labios que sonrîen,  
todo fué un instante.

Y el mercader  
tuvo la conciencia de guardar,  
junto con la moneda de la niña,  
una coralina que horadó  
su codicia habitual,  
como un amargo tiesto de música.



Porque los exaltados nubarrones  
 descienden en la soledad del amanecer,  
 y los altos tejados inyectan su veneno de has-  
 tío,  
 y sobrepujan  
 a la onda exterior y superficial del día.

¿De dónde han venido aquellas mariposas  
 tan amarillas,  
 a deshojar un collar de ébano  
 alrededor de mi garganta,  
 que es un lirio entre dos abismos?

Allá los corderos mudos,  
sacrificados en el marco de la mañana;  
allá los volcanes libres y los pensamientos,  
los caracoles rubios besando las bocas  
de las campanillas jugosas.

La danza inmediata de aquel viento que  
huele a muerte,  
encuclillándose a mis piés, ahora,  
palpándome las sienes con una gasa desprendida.

La claridad en los ojos risueños  
como el advenimiento de Pentecostés.

Mi corazón se precipita  
a la orilla de los horizontes sin medida,  
deteniendo hélices,  
con un puñado de ópalos en acción,  
y, como si todo, absolutamente todo  
ocurriera,  
estoy en las fronteras del sentido habitual,  
mirando cómo las piedras,  
(sin que nadie las escuche pensar),  
lavan su cara  
con la inmovilidad del tiempo.

Pareciendo mi ser una hoja de platino.

# SANTIAGO, CIUDAD

A tus orillas cantan aún las ranas azules,  
sin embargo en tu corazón la multitud busca ritmo  
con ese acento eléctrico, árdido y cosmopolita del  
del avión en vuelo.

Ciudad americana, atrevida y triste,  
te ciñe un cerco alto, desde donde te cae  
aquel influjo blanco y boreal de las nieves calladas.

Torres como llamas, rascacielos que iluminan  
la tarde,  
avenidas hacia el horizonte, plazas amorosas, can-  
panarios de ayer,  
alegría de fuentes italianas, estupefactas, erguidas  
aguas inocentes,  
que columplian una ley que tiembla,  
aguas de atardecer republicano,  
armonía del mar, disminuída,  
para los hombros de las mujeres rubias,  
para las piernas escolares de los niños.

Hacia los barrios que se multiplican injenua-  
mentó  
avanzan las gentes preocupadas, presurosas de la  
propia vida.

Repercuten los tranvías por los puentes viejos  
de la Recoleta,  
y allí, a la virtud de las Iglesias y las casonas vas-  
tas,  
sentimos aún en las pupilas de las rezadoras atávi-  
cas.  
abalorios y sueños, mezclados a un niño-Dios, de  
esperma sonrosada.

Ahora se asciende con el corazón sencillo y se-  
reno,  
el hogar recóndito, el nido de cada uno, perdido  
entre las abejas y los parronales de Pedro de Val-  
divia,  
Ñuñoa, *El nido*, como en las palomas, las hormigas  
o los no-me-olvides

*Parque, Quinta, Avenida de las Delicias...*

la bella e incierta peregrinación del espíritu,  
San Francisco, casa del Mito, no interrumpe  
el poema,  
que se perfuma a sus pies, por ese ramo eterna-  
mente vivo de las azucenas aldeanas;  
Santa Ana, en cuyos pórticos jugaron los abuelos  
y las golondrinas de antaño,  
y se bautizaron las muñecas de todos.

Guardas el camino de los días evaporados;  
aquel sauce de cobre oxidado, aquel banco muni-  
cipal,  
su sombra y mi sombra iluminadas de piel  
nueva y de esperanzas,  
la tarde, copiosamente estrellada de rumores  
y azules románticos,  
y, como un loto negro, imantado, abierto,  
la noche remota, abrigadora, encerrando  
la cantidad de nuestras almas.

Ardiendo, como la palma de una mano  
franca y tendida,  
te das al emigrante. Mucho andar, mucho andar...  
como en los cuentos, que no llegaban nunca  
al pueblo de las cúpulas de oro.

Algebras de automóviles te abrazan y te poseen,  
teatros y cines encienden su bullicio, y  
los cartelones pronuncian:  
*Greta Garbo*, la nórdica iluminada y pálida.

Te sumerges, te elevas, te extiendes, te lavas  
el alma,  
ciudad.

Hombres y mujeres—niños, tras las tiendas  
occidentales,  
Gath & Chaves, impasible,  
mirando las cinturas de plata del Oberpaur,  
el almacén lírico y tranquilo,  
arquitectura desenfadada,  
con el número armonioso del pincel de Matisse.

Desde mi vida, miro el San Cristóbal,  
el cerro que justifica tu estilo como el acorazado en  
el puerto;  
aquellas lucesitas que juegan a la ola,  
los reflectores que, minuto a minuto, se entreabren,  
como párpados,  
y blanca, sola, muda, en lo más alto, la leyenda de  
Jesucristo,  
blanca, sola, muda.

En tu jardín de muertos, acostado entre está-  
tuas pálidas,  
marchito está el mejor ramo de flores de nuestra  
casa,  
y la figura herida que durmió sobre mi corazón una  
Primavera.

En la juventud de tus parques, yo escribo  
caballos y aspectos de novedad, llevando la línea  
de nuestros héroes,

caballos de mármol, en cuyas fauces abiertas,  
penetrara este viento que tú y yo amamos, mariposa  
en Febrero,  
la pezuña hincada y decidida,  
los ojos con luz cóncava, llena de amaneceres y no-  
ches inmensas.

Tu orgullo provinciano escala el Santa Lucía;  
recuerdo mi alegría de siete años,  
correteando a la rueda saltadora  
y cómo veía abajo un mundo pequeñoito.

Santiago, *ciudad*,  
despierta y dormida, dignamente, en ti misma;  
abres las puertas;  
piscinas, canchas de tennis, cárceles, fábricas,  
el rico todo de oro,  
el pobre con su atado de sombra.

Se produce vida en tí, como en Constantinopla,  
en París, en Londres, en Ginebra, en Nueva York,  
en Roma;  
te visitan los acontecimientos y las estrellas,  
y acaso una canción sin nombre  
o el nombre milenario de una canción...





En las abiertas mañanas de Octubre,  
cuando sonrías a las granadas rosas  
de la última Primavera,  
las gotitas de rocío con su vieja experiencia del  
mundo,  
sonríen como ídolos, también,  
y tiemblan en mi lágrima.

CANCION DE TOMAS, EL AUSENTE

A la entrada, en el índice de todos los caminos: tú,  
de todas las perspectivas, de todas las lontananzas,  
como el nido de un pájaro que no existió  
y lo oímos cantar en nosotros.

Fruta de recuerdo,  
ya estarás cambiado, Tomasito, en el país de los  
muertos,  
con aquella flor resonante,  
que traías en tu manito de hombre escojido por  
el destino,  
y esos ojos de ilusión de aventurero.

Voy a deshojar los innumerables pájaros  
para tu navío de sombra.

Prendida a la tiniebla  
miro la espalda de la noche, húmeda y trans-  
parente,  
sin multitud de trizadas estrellas;  
ausente, vivo los ruidos azules y delgados  
y me estiendo al amparo profundo  
de su corazón dormido.

Salpica la sombra ese ratón de raso,  
y las arañas entonan con sabiduría  
su pegajoso afán oscuro.

En la estática estancia abrumada  
les murallas se miran de dos en dos,  
las ventanas bostezan un aroma de cándidos  
lirios,  
las puertas dan un paso hacia adelante  
eternamente, sin avanzar,  
y, en silencio nos rodea la inmóvil y alta  
margarita de humo de la costumbre.

Pajita, brisna, adherida  
al vellón opaco del tiempo, apesadumbrado y  
flojo.

Aquí, desde el rincón del alma  
canto el pedazo de Octubre que se disipa.

Floreando la repisa, las escobillas y los  
peines,  
sobre las mesas los jarroncitos de barro ilumina-  
nado,  
los papeles, hormigueantes de presencia;  
en las perchas, los jestos  
pintados al oleo de los vestidos.

Voy a pensar,  
y cojo la telaraña ardiente  
de los días rojizos;  
canto, y el eco incierto de mi voz  
cuaja una golondrina de nieve temblorosa.

Descompone el espejo  
un color anaranjado que viene de afuera:  
la luz del sol madurando los ladrillos  
de la iglesia rural,  
alegremente tachonados de besos fugaces  
y latidos de pájaros aventureros.

Me confunde la actitud cotidiana  
de los almidonados quehaceres:  
dobladillo, surzo, enjuago, coso,  
quito el polvo rodante del oro postrero  
y todo se va, cristalino y quieto,  
por ese azul inmenso que se destiñe  
inalcanzable y simple, como todos los días.

Mi figura de embarazada  
va lentamente por los sembrados...  
a veces cojo flores, grandes nudos de flores  
menudas  
más aquellas rosas rojas, aterciopeladas,  
que dejan los dedos teñidos de sangre.

- Buenos días, don César.
- Buenos los suyos, *señorita*.
- Amaneció Ud. bueno?
- Sí, bueno, para nada.

Ciego e inútil, viejo de aldea  
canta la tonada triste,  
llevando el compás de su canción errante  
con el pestañeo fatal de sus ojos sin mirada.

Rompe el verde boreal sobre los tejados,  
el abanico luminoso y perenne  
de las palmeras  
saluda el advenimiento de la Primavera.

Casona chata-rosada de costado al mundo,  
sonríe su vejez a los acacios en flor;  
subyuga la orquesta blanca de la iglesia  
ardiendo con todos los azules...

Caminitos compañeros de las murallas  
viejas,  
que ofrecen frutos recién nacidos,  
y allí, a lo léjos, perdido en la perspectiva infi-  
nita,  
el río iluminando los sembrados.

Piedrecillas azules, rosadas, con musgo,  
o simplemente bonitas, redondas, pulidas  
por el constante rodar,  
piedras enormes, abatidas, sombrías,  
descanso para el caminante sin camino,  
y cabecera del crepúsculo.

¿Habéis visto, alguna vez, dormir la tarde,  
río abajo, la tarde  
con la mano en su cayado,  
y el corazón prendido a la estrella del mundo?

¡Olorosos los retornos de azahar!  
La casa de paredes blanqueadas, elevándose,  
los patios rodeados de soledad,

la cuba con la luna detenida  
el perro digno de sí mismo,  
conversando con el gato quisquilloso y sola-  
pado.

Traed las lámparas  
a recoger el reflejo de la propia conciencia  
encendida, más trémula.

Unas campanas roncadas, enmohecidas  
cacarean la oración,  
con un acento confianzudo de corral.

El campanero de entonces,  
ajitando sus manos de piedra,  
y aquellos ecos voluminosos de horizonte,  
llenando el poblacho.

El campanero que es, seguramente,  
sacristán y sepulturero.

Lo recuerdo con el camisolín aplanchado,  
bañándose en el incienso,  
y es la misma manera redonda  
la que lo reviste y formula  
cuando echa tanta tierra y olvido sobre los di-  
funtos.

Ha rodado en los años, ¡tantos años!  
el reloj irreal de la torre

marcando con el mismo y único dedo  
la hora de las campanas  
y la hora de los muertos.

Y también murió ayer entre el asombro  
poblano,  
no tocaron las campanas, porque no tocaron,  
para quien las tocó para todos,  
y allá...  
detras de los últimos y aterradores olivos...

En estas noches tan afuera,  
siento en mi pecho desnudo  
como un rumor de caracoles marinos.

Grito y mi grito es recogido y veneciano:  
abriéndose como botones de flores profundas  
las sílabas ocupan  
toda la curva sonora de la luna.

Como el cardo esponjo en simiente  
mi anhelo tembloroso:  
llegará el nuevo misterio  
con su cabecita iluminada  
por los párpados de la flor del peral,  
y he ahí que el rumor del tiempo  
ha henchido de abejas los pechos abundosos.

Mas, en las tardes, los chunchos  
seleccionan mis árboles para hacer sueño,

y las mariposas nocturnas suben  
como frutos de Invierno  
por el enrejado de la ventana.

Carne de pétalos aflijidos,  
mi corazón se *florece* de espanto  
con presentimientos:  
el aparecido traerá mi fin verdadero,  
un rojo ataud, en hombros,  
desde la casa humana al cementerio,  
tan pequeño, por lo demás,  
tan claveteado,  
y con aquella puerta tan alta y ancha  
y sonora...

Cierro los ojos en estas semanas medrosas,  
visto los recuerdos y miro la habitación,  
con sus paredes ceroteadas  
y sus estampas en blanco.

Estudio la pierna ceñida de una niña  
en un dibujo en claro-abstracto de Marie Lau-  
rencin;  
aprendo cómo se conmueven, en un jarrón de  
piedad  
las florecitas pequeñas;  
y cuando mueren sobre los objetos,  
como que quisiera ir a tenderles la mano,  
y jugar con ellas,  
como hacen los niños con las mariposas.

En la ribera del atardecer sin música  
este perro largo, vestido de luto,

viene a recortar los miedos  
de la puerta vetusta,  
(sale la escoba con la vieja Matilde,  
maldiciendo, escupiendo por el recuerdo  
de las telarañas ausentes)

La esquiva el bruto  
con un movimiento político,  
le amanecen los ojos, o los colmillos  
sonriendo en la noche de sus mandíbulas.

Entonces, todo queda parado  
como un ojo muerto.

La casa se agranda y se agranda,  
las ventanas se pueblan de filosofía.

Apretujados alrededor de la cena,  
se oscurece y se distancia la vida.

Ahora el maullido de los gastos invisibles  
dientudo y estridente,  
lamentos como de humanos huesos,  
y también la quietud,  
la horrible quietud con terror,  
que lo contiene todo:  
amor, dolor y muerte.

Cómo poder hablar de esta mañana esplendorosa.  
un aire tibio sopla desde la otra vida,

un olor a hojas jubilosas,  
los niños corriendo y gritando animalmente  
a la siga de los abejorros.

Junto a la jaula del canario;  
lo pienso hecho alas sobre los almendros,  
mirándose en esos coágulos de luz,  
que pestañean entre las charcas tan humildes  
a la relación del riego.

Enorgullecida de su voz,  
que levanta una polvareda más en mis domi-  
nios  
le hago *la caridad* de una hoja de lechuga,  
y un puñado de cáñamo o de alpiste silvestre.

¡Cuando es terrateniente de todos los cam-  
pos  
y todos los vientos!

Me empujo hasta poseer  
la puertecita policial de su jaula,  
mirando en contorno como un ratero delicioso,  
y la hago camino.

Le ofrezco el horizonte rojo y atrevido,  
la inmensa curva imantada de las cordilleras,  
el aplauso de los eucaliptus.

De un lado a otro oscila,  
de un lado a otro, sin un cántico,  
picoteando la dádiva mísera,

y se recoje prisionero, tembloroso,  
en su felicidad limitada  
a su pequeña cadena de oro.

Incendiando la ciudad  
donde todo se confunde,  
y vive la sombra su rumor,  
contra las vidas,  
y no se permiten los cantos de los gallos veci-  
nos,

ni el clamor de los perros lejanos,  
donde no hay aguas desvestidas,  
ni tiempo de largura,  
ni silencio en infinito silencio,  
aquí, en los tumultos,  
sin cara y sin alma,  
venía llegando *ella*,  
ella que era flor y producto rural  
cuajado en Verano tranquilo.

Cuando es, apenas un manojito  
de ilusión roja o informe,  
y solo en su carita de Invierno  
los ojos del azul desvanecido,  
poderoso e infinito, aletean,  
regresamos con toda ella,  
que es un nido de cintas, lanas y bohemia  
a este recodo de país  
en donde nos ajigantan los vientos desocupa-  
dos  
que llevan ganados a la espalda.

Su llanto de árbol en tiniebla,  
es encojido y amargo;  
y su cuerpecito no pesa más que una golondrina.

Encima de lo lejos, distingo,  
un gran cuaderno verde,  
y sobre las lejanías del caminante  
una palabra azul que se disuelve.

Las silletitas debajo de los emparrados,  
los tejidos, los periódicos del crepúsculo y su  
alondra,  
las gallinas morenas.

Sobre mi inquietud su cabecita ensueño  
guardando la forma de una lágrima.

«Duerme, Carmencita,  
duérmete por Dios...

Mi voz aletea sobre su vida trepidante  
cayendo con aquel temblor íntimo  
de las hojas dispersas  
sobre la desolación de los vagabundos.

... «por los capachitos  
de San Juan de Dios...

Días de soles cordiales y con frutos  
que ruedan por los Domingos;  
la naranja del río incendiándose,

las áridas viejas  
con sus grandes atados de sarmiento,  
viniendo de la otra orilla...

La superstición popular  
la señala con su dedo infalible de muerto,  
«va a morir, dicen,  
porque se parece a los que cruzan las manos en  
ruego,  
vá a morir porque va a morir.

Yerbas con olor a tierra húmeda:  
y a toronjil,  
aroman su aliento de fantasma.

Más, algo vago, sumiso y sin sentido,  
merodea a su alrededor  
alisándole los cabellos.

Por el declive rojizo y cansado,  
todo lleno como de pisadas distraídas  
con hendiduras y revueltas heridas,  
rueda el corazón de una lluvia despeinada,  
patinando o anulando rastros  
arrastrando guiñapos,  
y hojas que hacían nido.

Y el todo se derrumba,  
más allá del cielo que se tomó de la mano  
con la tiniebla.  
Y el aspecto es como de cabellera destrenzada,  
como voz de carretera,  
como corazón de inocente en el peligro.

Aquel gato amarillo  
que se envolvía en remolinos de alegría,  
y que corriendo era como latigazo de sombra,  
buscó refugio en el alero.  
Miran sus ojos de poeta, todo el torrente,  
flor de países artificiales,  
en los dedos del tiempo en suspenso, y pien-  
sa...

Y *ella* es, esta pequeña pena que sonríe,  
detrás de los sueños de la ventana,  
como estas lágrimas preciosas de ilusión pri-  
mitiva.

Cae la tarde en los brazos abiertos  
de la noche profunda;  
el ventarrón se agolpa, formando nudos de  
agua;  
los ojitos se van llenando de un azul azul,  
rato a rato,  
las venas clarean en su frente de diamante,  
apresuradamente,  
y sus manitos  
con los deditos entrelazados  
se quedan dormidas...

Abriga el sueño  
aunque la mano áspera del viento,  
ofenda las puertas,  
y el ojo del planeta se sitúe, precisamente,  
en el horizonte de la ventana.



Estensa, la llanura de plata y esmeralda,  
como la palma,  
de una mano bien tendida,  
así, la poesía donde mi *árbol que canta*,  
maneja todos los sonidos del viento,  
de la montaña, de las palomas y los alicantos.  
Erguido, solitario, como un hombre,  
recita su canto a la hora de los vagabundos.  
Despreocupado,  
como una hoja de los tiempos absortos y pri-  
meros  
alarga la palabra.

Hecho voz, todo,  
aquel plumoncito de color variado y travieso,  
parece un pensamiento sin forma  
diciendo de la tierra,  
de la tierra perdida en la memoria del mundo  
las cosas que los hombres no pudieron.

«Era una vez ..  
y las horas emigran  
con el espectáculo.

El abanico de las plumas infantiles  
sumado a la voz de *el pájaro que habla*,  
nos explica el mundo del sueño,  
jnto a aquella voz tan humana  
que depende de un enigma de trapo claro.

Fuente donde se miran los soles tardíos  
y los primeros trinos serpentean.

La gaviota y la alondra  
han llegado a sus orillas Otoño a Otoño,  
y alguna vez,  
desde lo alto, dejaron caer hacia su corazón  
un canto o una pluma de vidrio...

El venado bañó la oratoria  
de su vanidad silvestre,  
y la zebra contempló el organillo de su ropa  
fantástica,  
y los elefantes desenrollaron su energía,  
y los leones y las leonas echaron a nadar sus  
lenguas ardidadas.

En aquellas aguas de oro,  
en aquellas aguas del color de los ojos de Dios,  
omnipotentes y humildes aguas amarillas,  
están todos mis cantos,  
ya sean temblorosos como un balido,  
rectos como un vuelo  
o tendidos como una campanada de aldea.  
Agua, agua luminosa y extasiada,  
*agua dorada...*

Ahora un botón de rosa musical y pro-  
fundo  
pone su ojo poderoso en la alcoba.

Pero al verla así, despavorida y pequeña,  
con la sonrisa quebrada y transparente,  
toda mi vida hace un himno amargo.  
Llora mi niñez en la distancia desolada,

solitaria entre las jentes,  
llevando en las pupilas el milagro,  
como quien lleva la lámpara  
recién encendida e infinita.

Quisiera contarle aquellas historias  
que inventé siendo muy niña y fina,  
mostrarle los caminos blancos  
en donde están las aldeas de los niños  
pero ¡cómo, Dios mío!  
si es tan delgadita, tanto,  
que la alegría es apenas perceptible.

Pepitas de sal, sobre mi silencio.

El oro reciente de la montaña  
dibuja la huella de un ensueño ennegrecido  
por el fracaso de muchos soles.

Palomas blancas sostienen los tejados ro-  
jos,  
la familia palmotea,  
mis manos emprenden su viaje  
entre mis cabellos,  
como si cayera nieve sobre las edades.

La estancia con su caliente mano, acari-  
cia,  
*el retrato* de nosotros con emoción antigua;  
su color de últimos días  
y un canto mayor, peinan  
las mariposas inútiles...

Aquellos vientos blancos del blanco Ve-  
rano,  
besaban aquellas carreteras emigrantes.  
enriquecidos de recodos y árboles con pensa-  
miento,  
a pesar de que su alma era como la golondrina.

Cinco meses ya sus pestañas rubias,  
(sueño y tarde),  
iluminaban los campos abiertos,  
cinco meses y la voz caía  
en el hueco ensangrentado del pecho.

Choncaita,  
y al nombrarla, todo se hacía chiquito,  
como huevo de paloma.

¿Cuál fué el incendio del día  
en el que su ser mínimo y transeunte,  
estuvo botado  
como un pájaro muerto?

Sin embargo  
nosotros la esenchamos perdida,  
horizontal,  
derramada  
entre el tiempo inerte.

Léjos, los aquellos días en que aderezaba  
la pintura de fondo de mi entusiasmo,  
colocando pétalos singulares en la mesa hu-  
mana  
en relación de trinos y semillas.

Hoy, desde mis almohadas olorosas,  
maneja el mar lechoso y convulso,  
aguijoneado de ansiedades,  
y de frías salmueras amarillas:  
pez enorme, vuelto de espaldas,  
brillando al sol,  
en aquellas mañanas que se abren  
a la anchura  
como un ojo azul.

Anidan bajo mis ventanas,  
los pájaros fundidos  
de los aviones militares.  
Con la luz del viento  
se levantan  
haciendo su gigante espectáculo;  
los barcos de guerra llenan de pintura,  
el panorama doméstico; <sup>si</sup>  
hace de antes, que monologan  
con las aguas tendidas en su recuerdo,  
pero han de irse mañana,  
sí,  
mañana han de irse.

La bahía quedará a soledad,  
más antigua, más mojada y más conmigo,  
más llena de su sombra sola,  
ya desvanecida,  
más colmada de aquel instante tembloroso  
cuando se disuelven las cosas en las cosas.

BIBLIOTECA NACIONAL  
SECCION CHILENA

Hacia el ocaso del anochecer,  
a la hora en que el buho amanece su aurora,  
en su lecho de sombras,  
y las gaviotas agotan  
la mirada agua en sus pupilas,  
el barco rojo  
se detuvo a la orilla del viento  
venía muy ardido  
o como tostado y ennegrecido  
de humos violetas como ojeras de náufrago.

Arriba, en la arboladura,  
una paloma amarilla descendía,  
ingrávidamente,  
con una sencillez de paloma blanca  
sobre los tejados del mundo.

Crujía.

Los olvidos del viaje  
dejaron caer su cadena de sueño  
al fondo místico del mar.

Nadie vió al mensajero de plata,  
enterrado en el océano de la noche,  
cuando sacó de su corazón  
una sombra oscura en la sombra  
y la vació, lentamente en el horizonte.

Se arrullaban en los límites  
las lámparas pasajeras:  
uno que otro graznido perdido en el absoluto,

alguna voz marina  
amarrando redes o palabras obsenas  
y el bramido intermitente de la boya del buey,  
como gota de presencia en el abismo.

Un viento de flor  
como su aliento cuando estaba tan dormida  
mecía las velas purpúreas.

Entonces, mis pestañas sombrías  
refrescaban, de cuando en cuando,  
mi inquietud ardiente.

Hacia nunca, por el recuerdo,  
un instinto divino aleteaba en mi amargura;  
era su alma  
hecha de millones de moléculas blancas,  
y tan liviana  
que se había roto en la muerte.

Contra la pared quemada  
fué azotándose una canción trunca.

Parecía un murciélago el velámen  
agitando la única ala en lo oscuro, solitario  
e incorporado a las tinieblas.



Como quien saca sonidos de un mandolín mar-  
 chito,  
 como quien invita a tomar el sol del viento de la  
 primer mañana  
 a esas sedas o blondas o pieles de otro tiempo,  
 así mi corazón quisiera continuar su sentido de  
 abeja  
 salvando este puente, sin olvidar el océano...

Mas ya la tonada y la golondrina y la lectura  
 tradicional del alero,  
 tienen su ilusión doblada desde que la ilusión tiene  
 otro nombre.

Substituídos son hasta los símbolos del hori-  
 zonte:

Baudelaire, Poe, Byron, bien cayeron  
 ante las torres del índice contemporáneo: Lenin,  
 Stalin, Gorky;  
 aquellos nos llenaron deshojadas rosas descolo-  
 ridas,  
 hoy, anhelamos un ámbito para nuestras innume-  
 rables almas.

Ser la multitud, el corazón colectivo de las  
 masas  
 que echan fuego por las ciudades modernas,  
 ser esas banderas rojas y esas criaturas temblorosas  
 y esos puños levantados como árboles.



Hacia su corazón de flor, los huracanes del  
 del mundo y sus ocasos,  
 niño de azul entraña dulce, encendida al sol del  
 norte, del oriente,  
 proletario del mañana,  
 dueño del trigo, del pan, del techo alegre de palomas,  
 y el cielo para la ventana.

Siglos de siglos su silueta, temblando,  
 fué recojiendo el cardo negro del horror de puerta  
 en puerta;

pero la mano florida de Lenin  
trazó en la historia un surco gigantesco  
donde crece pujante el árbol de la risa.

Una canción feliz gira sus hélices  
mientras canta llegando, de un lejano país con nom-  
bre legendario,  
a anidar en mi pecho, por muchos y largos días;  
yo la acaricio como a la criatura a quien designo:  
hija mía,  
y se desborda roja hacia la mariposa del Verano.

Pecho de vino, pulpa de fruta, espuma, abeja  
y río...

El océano de los bosques resplandece  
en la flor de la trutruca augural  
mientras los árboles dan ahora la consigna de su  
firmamento,  
por las banderas verdes de su colectividad antigua.

Oscuras lunas han llovido  
aquellas rucas abrazadas de mujeres sin lecho y sin  
canción,  
niños de sonreír trizado, hombres de crucifijo.

Pero el indio alumbra la ciudad con estrépito,  
sus lanzas y sus pontros pintan la palabra recuerdo  
en oro muerto  
como cuando en la montaña se precipita el paso te-  
rroso y amarillo de los leones,  
y hálito de catarata y asalto grita debajo de la piel  
indígena.

Caras de siglos asoman {su voz cobriza entre  
los robles.

Está amaneciendo en la mañana eterna de la  
Araucanía,  
son los renuevos de Aganamón y Pelantaro  
defendiendo la tierra que naciera con ellos,  
y tiembla la selva como un trueno  
para clavarlo en el corazón maldito de los usurpa-  
dores.

Brasadas de rosas de sangre cayeron de tu  
pecho  
hacia el corazón de los entristecidos del abismo:  
viejos, mujeres, niños, hombres  
e hiciste de la hoz y el martillo, la insignia de la  
pasión y el amor proletario.

Tus dulces ojos tuvieron la dureza del dia-  
mante  
el día enorme del día de la revolución heroica,  
hoy dormidos, inmensamente, en la Plaza Roja.

Se derrama tu espíritu como un río de preciosos rubíes  
cantando la sociedad futura y su destino  
entre los árboles y las montañas del mundo,  
tu espíritu, de orillas inconmensurables.

Del lado de los inocentes  
fuieste látigo y huracán para los traidores nocturnos.  
Faro de relámpagos en el vértice de la historia,  
heroico conductor de multitudes sedientas  
y dulces, muy dulce camarada.

A la sombra de rojos claveles  
tu línea de fuego asume la sonrisa de piedra de  
**Karl Marx.**

R O S A     D E     F U E G O

En qué jardín de luz está sembrada tu memoria?

El corazón de las masas es tu nombre,  
la tierra donde florece tu flor roja,  
la copa de salud social en donde abrevan heroicas  
multitudes.

Desde qué rejiones hablante al oído?

Rosa Luxemburgo,  
mujer pasión, enamorada de la especie humana,  
madre de madres, mártir,  
hembra pura, lámpara perenne, margarita de dia-  
mante, corola libre del espacio,  
rosa de fuego,  
alegría de los proletarios escarnecidos.

La inteligencia del corazón guiaba tus pasos,  
y la revolución alumbraba,  
como un sol rojo, tu camino.

Niña—paloma,  
capullo de cerebro, flor obrera  
¿en qué país de canción te soñaron?  
conductora y compañera,  
la más auténtica amiga de colegio,  
cómo te destrozaron la joya del vientre,  
los pies recios y finos de trabajadora y hermana,  
la cabeza alta, más alta  
que el hambre de sangre de tus asesinos,  
de los que segaron tu cuello  
como quien corta un lirio, con el hacha de los ver-  
dugos.

Rosa de fuego,  
te llenaste de hijos del alma en la lucha de clases,  
valiente y preciosa luz de mi sexo.

# EL PEQUEÑO PASAJERO DE 2.ª

Flor de tu niñez, viene a mí rompiendo el cas-  
carón azul,  
pétalo a pétalo, entre las faldas de tu madre  
ya sentias el mundo que habías de estremecer llo-  
rando,  
porque tu tragedia de niño fué la aurora amarga de  
la tierra antigua  
y tu sentimiento poderoso emigró desde el enigma  
de los seres pequeños.

Ahora eres, Gorki, solo una canción de la memoria y la esperanza,  
y esa tu cara sencilla nos trae la idea del vecino,  
del amigo de nuestro padre que echaba las cartas y  
y los sueños,  
y a aquel bonachón y ciego pariente de provincia  
que no sabía nada de la entraña del mundo y sus  
historias.

De negro se ha vestido mi ser humilde,  
que te sabía distante pero entre mi familia;  
las mujeres guardarán tu espíritu entre los atavíos  
de Invierno  
sabiendo que levantabas el puño fornido desde su  
muralla.

Me imagino que a tu sombra los niños de las  
estepas rusas se abrigaron,  
y sintieron el alero seguro las golondrinas,  
varón antiguo, vestido del porvenir de la historia...

F L O R D E E S P A Ñ A

Mantilla de sol de negro,  
lujuria-clavel-peineta de bailarina,  
luz de castillos en sombra.

Moneda de toros de España,  
sangre de cobres gitanos,  
cruz de naranjas, con el corazón embravecido,  
acoge mi golondrina popular,  
y este pañuelo de obrera en cántaros de poesía.

Tu precioso puñal de diamante, sagrario  
y soneto de raza,  
ya no está en la liga de tus manolas,  
sino en la garganta vendida del traidor fascista.

¡España de blanco y negro!

Estranguladora del capitalismo,  
sonando entre banderas rojas.

# L A P A S I O N A R I A

Desde su ojo de santa resplandece un día em-  
banderado,  
y los apretados labios estrujan manolas y verdes  
congojas;  
es la abuela de innumerables hijos,  
y la hija de fuego de la revolución española;  
por eso la saludan entre las flores.

Por guerrera, es como si la luna presentara su  
resplandor a la bala fascista.

parece que un viento de tempestad le hubiese azo-  
tado los cabellos;  
y sus cansados pies atraviesan las tierras ardientes  
como dos naranjas de sangre.

No son las pasajeras del mundo,  
capaces de ver uno solo de sus enormes gestos,  
porque su mano significa la verdad justa,  
y su voz la única canción de la primavera;  
canasta de claveles de Andalucía,  
los dolores y los sueños del enigmático castellano  
y su cansada cabalgadura  
semejan la joya de su cuello.

Femenina como flor de dulce perfume,  
severa y grave como la voluntad inminente,  
llena del sentido de las pequeñas cosas.

Su palabra y su sombra gigante atraviesan las  
fronteras,  
frente a frente a las pupilas de Francia;  
y toda una nación se detiene a su libre ribera;  
nieta del sol  
viájando entre palomas de aluminio.

	Págs.
Fotografía en oscuro.....	5
Amarilla y flor de Agosto.....	7
Casa de campo en Talagante.....	9
Cabeza de macho.....	11
Trayectoria cotidiana.....	13
Rueda de fuego sin lágrimas.....	15
Ley de Moisés.....	17
Cigarra de las islas.....	19
Estaño.....	21
Valse en la Plaza de Yungay.....	23
Vida de Virgilio.....	25
Objetivo infinito.....	27
Libro del pirata Knut Fjorson.....	29
Violeta.....	31
Padre Nuestro.....	33
Freud y luna sin ojos.....	35
Laguna de Oro.....	37
Aroma y presencia del capitalismo.....	39
Soneto a la ribera del <i>alburn</i> .....	41
Escenario de melopea en antiguo.....	43
Figura de Invierno.....	45
La pregunta rubia.....	47
Balada de la arquitectura <i>dnica</i> .....	49
Maria Bellet.....	51
Cartón de Matisse.....	53
Formas del sueño.....	55
Reloj de cristal y arena.....	67
Cuento de provincia.....	69
Pueblo de abejas.....	71
Otoño en 1930.....	73
Mercado.....	75
Trenzas de humo.....	77
Santiago, ciudad.....	79
Guagua de Oro: Laurita.....	85
Canción de Tomás, el ausente.....	87
Choncaita.....	89
1936.....	111
Niños de la U. R. S. S.....	113
Abrazo o racimo.....	115
Lenin.....	117
Rosa de fuego.....	119
El pequeño pasajero de 2.ª.....	121
Flor de España.....	123
La Pasionaria.....	125
Índice.....	127



P R Ó X I M A M E N T E

# *EL COLOFÓN*

epopeya de la vida heroica

los hechos y los sueños de los héroes cantados, desde el punto de  
vista del marxismo, como una forma de la superestructura  
económico-histórica

M O I S É S  
M A H O M A  
Z O R O A S T R O  
A T I L A  
B U D A  
L A O T Z É  
S Ó C R A T E S  
M A N K O K A P A C  
A L E J A N D R O  
E S P Á R T A C O  
C A R L O M A G N O  
C E R V A N T E S  
L E N I N

P O R  
P A B L O D E R O K H A

IMP. Y LITO. ANTARES

SAN FRANCISCO 347

SANTIAGO

PRECIO: \$ 5.—





